LA REVELACION.



REVISTA ESPIRITISTA

Año X. | SALE UNA VEZ AL MES. | Núm. 12.

ALICANTE 30 DE DICIEMBRE DE 1881.

MIS HIJOS

por

VÍCTOR HUGO.

TRADUCIDO PARA «LA INDEPENDENCIA.»

Ahora *El Diluvio.*

I.

Un hombre se casa jóven; sus años, unidos á los de su esposa, suman solo treinta y siete. Despues de haber sido rico en su infancia se vé pobre en su juventud; ha habitado palacios, en la actualidad vive casi en una boardilla. Su padre fué un vencedor de la Europa y, no obstante, vino á ser un bandido de la Loire. Caida, ruina, pobreza. Ese hombre que tiene veinte años lo encuentra muy natural, y trabaja. Trabajar, esto es lo que hace quien ama; amar, esto es lo que hace el que se casa. El amor y el trabajo, los dos mejores puntos de partida para constituir una familia; él tambien la constituye. Vedle ya con dos niños. Entrégase confiadamente á su porvenir. La madre alimenta al hijo, el padre á la madre. Mayor dicha exige mas trabajo. Pasaba los dias en su estudio, en él pasará tambien las noches. ¿Qué es lo que hace? poco importa. Un trabajo cualquiera.

Su vida es penosa, pero dulce. Al anochecer, antes de ponerse á trabajar hasta la aurora, se estiende á lo largo por el suelo y los pequeñuelos suben encima de él riendo, cantando, tartamudeando, jugando. Son cuatro: dos muchachos y dos niñas.

Pasan los años, crecen los niños, el hombre madura. Con el trabajo ha podido obtener un poco de comodidad. Habita en los Campos Elíseos en la sombra y el follaje. Allí recibe las visitas de algunos pobres trabajadores como él, de un viejo cancionero llamado Beranger, de un viejo filósofo llamado Lamennais, de un viejo proscrito llamado Chateaubriand. Meditabundo, imaginándose que los Campos Elíseos son un desierto, vive en ese retiro destinado, sin embargo, mas tarde á la verdadera soledad. Si escucha, no oye mas que cantos. Entre los árboles y él hay los pájaros; entre los hombres y él hay los hijos.

La madre les enseña á leer; él les enseña á escribir. Algunas veces escribe con ellos en la misma mesa; escriben los niños abecedario ó palotes, él otra cosa; y mientras hacen lenta y gravemente palotes y abecedarios, despacha con rapidéz una página. Un dia, el mas jóven de los dos muchachos que tiene cuatro años, se para, deja la pluma, mira cómo escribe su padre y le dice: *¡Es estraño! ¡cuando se tienen manos pequeñas, se escribe muy grande, y cuando se tienen las manos mas grandes se escribe tan pequeño!*

Al padre maestro, sucede el colegio. Con todo, el padre tiende á mezclar en el cole-

gío la familia, apreciando que es mejor que los adolescentes sean niños todo el mas tiempo posible. A su vez les llega á esos pequeños la edad de veinte años; entonces el padre no es mas que una especie de hermano mayor; porque la juventud que fué y la que empieza fraternizan, lo cual endulza la melancolía de la primera y modera el entusiasmo de la segunda.

Aquellos niños llegan á ser hombres, y entonces se encuentra que son unos génios. El uno, el primer nacido, es un génio vivo y vigoroso; el otro, el segundo, es un génio amable y grave. La lucha del progreso quiere inteligencias de dos clases; las firmes y las dulces: el primero se parece á un atleta, el segundo á un apóstol. Su padre no se admira de estar al nivel de esos jóvenes; y en efecto, como se acaba de decir, les considera como hermanos tanto como á hijos.

Tambien ellos, como ha hecho su padre, pasan su juventud con probidad y, viendo trabajar á su padre, trabajan. ¿Para qué? Para su siglo. Trabajan en la resolucion de los problemas, para atemperar los ánimos, para el alumbramiento de las conciencias, para la verdad, para la libertad. Sus primeros trabajos se encuentran recompensados; de buenas á primeras se ven agraciados, el uno con seis meses de cárcel por haber combatido el cadalso, el otro con nueve meses por haber defendido el derecho de asilo. Digámoslo de paso; el derecho de asilo es mal visto. En una nacion vecina está en uso que el ministro del Interior tenga un hijo que organice pandillas encargadas de los asaltos nocturnos contra los partidarios del derecho de asilo, y á aquel á quien no se ha podido asesinar se le espulsa. De esta manera la sociedad está salvada. En Francia, en 1851, para poner en razon á los que defendian á los vencidos y á los proscritos, no se recurria al apedreamiento, ni á la espulsion, sino que se contentaban con la cárcel. Las costumbres de los gobiernos son distintas.

Los dos jóvenes van á la cárcel; están allí juntos; el padre casi se instala con ellos haciendo de la consergería su casa. Sin embargo, tambien le llega su turno. Se vé obligado á alejarse de Francia por causas que, si se recordaban aquí, turbarian la calma de estas páginas. Con la gran desgracia que entonces sobreviene, se hunde el principio de comodidad bosquejada por su trabajo, será preciso empezar de nuevo; mientras tanto, es necesario que parta. Se vá. Aléjase en una noche de invierno. La lluvia, el cierzo, la nieve, buen aprendizaje para un alma, á causa de la semejanza del invierno con el destierro. La fria mirada del estranjero se añade útilmente á un cielo sombrío; esto templa un corazon para el infortunio. Aquel padre marcha á la ventura y llega á una desierta playa á orillas del mar. En el momento mismo en que sale de Francia, salen sus hijos de la cárcel; dichosa coincidencia que les permite seguirle; habia participado de su cárcel, ellos participan de su soledad.

II.

Asi se vive. Pasan los años. ¿Qué hacen allí durante este tiempo? Una cosa muy sencilla, su deber. ¿De qué se compone para ellos el deber? De esto: persistir. Es decir, ser útil á su pátria, amarla, glorificarla, defenderla, vivir por ella y lejos de ella, y por que viven por ella, luchar, y porque están lejos de ella, sufrir.

Servir á la pátria es una mitad del deber; la otra mitad es servir á la humanidad; ambas cosas constituyen el deber entero. El que no lo hace entero, no lo cumple; tales son los celos de lo conciencia.

¿Cómo sirven á la humanidad? Con el buen ejemplo. Tienen una madre, la veneran; tienen una hermana muerta, la lloran; tienen otra que vive, la aman; tienen un padre proscrito, le ayudan, ¿en qué? en sobrellevar el destierro. Hay horas en la vida en que esto es pesado. Tienen compañeros de adversidad, hácense hermanos suyos, y á los que ya no ven el cielo de su pátria les muestran con el dedo la esperanza que se halla en el fondo del cielo de todos los hombres. En ese intrépido grupo de vencidos

hay á veces momentos de punzante angustia: vése uno que por la noche se incorpora en su lecho y retuerce sus brazos gritando: «¡Decir que ya no estoy en Francia!» Las mujeres se ocultan para llorar, los hombres se ocultan para desgarrarse. Aquellos dos jóvenes desterrados son firmes y sencillos. En aquellas tinieblas, brillan; en aquella nostalgia perseveran; en aquella desesperacion, cantan. Mientras que un hombre emperador de los franceses y de los ingleses habita en su mansion triunfal, amado de las reinas, vencedor, omnipotente y lúgubre, ellos, en la mansion del destierro inundada por la espuma, rien y sonrien. Aquel, dueño del mundo y del tiempo, tiene la tristeza de la miserable prosperidad; ellos poseen la alegría del sacrificio. No se hallan abandonados de los demás; tienen escelentes amigos: Vacquerie, el potente y soberbio genio; Meurice, de un alma grande y apacible; Ribeyrolles, el esforzado corazon. Los dos hermanos son dignos de aquellos arrogantes hombres. La serenidad de los demás no eclipsa la suya; haga lo que quiera el destino, tienen la heróica indiferencia de las conciencias dichosas. El mayor, á quien se habla de destierro, contesta: «Esto no me toca á mí.»

Toman cordialmente su parte de la agonía que les rodea; curan la corroedora llaga que en todas las almas causa el destierro. Ya esté la pátria ausente, ya presente ¡ay! son los puntos de apoyo de los que tiemblan; desaconsejan las concesiones que la nostalgia podria sugerir á algunos pobres séres desorientados. Al propio tiempo les repugna aplastar á sus enemigos; hasta á los infames. Llega un dia en que en aquel campamento de proscritos, en aquella familia de desgraciados, se descubre un individuo de policía, un traidor afectando un carácter arisco, un agente de Maupas disfrazado con la máscara d' Hébert; todas aquellas probidades se sublevan indignadas, quieren matar á aquel miserable; los dos hermanos le salvan la vida. Quien usa del derecho del sufrimiento, usar puede del de la clemencia. En torno de ellos siéntese la fé de que están poseidos los jóvenes, siéntese aquella verdad que tiene el privilegio de comunicarse á los demás. De aquí cierta autoridad mezclada á su juventud. El proscrito por la verdad es un hombre honrado en la mas alta acepcion de la palabra; ellos tienen esta grave honradez. A su lado es imposible el desfallecimiento; ofrecen su robusta espalda para sostener toda postracion. En pié siempre á lo alto del escollo, fijan su tranquila mirada en el enigma y en la sombra; dan la señal de espera así que ven despuntar en el horizonte un débil rayo de luz, son los vigías del porvenir. En esta oscuridad esparcen no se sabe qué claridad de la aurora, silenciosamente agradecidos por la siniestra dulzura de los resignados.

III.

Simultáneamente que cumplen la ley de la fraternidad, ejecutan la ley del trabajo.

Uno traduce á Shakespeare y restituye á Francia en un libro de sagaz pintura y de elegante erudicion, «la Normandía desconocida.» El otro publica una série de obras sólidas y esquisitas, llenas de verdadera emocion, de una bondad penetrante, de una elevada compasion. Ese jóven es sencillamente un gran escritor. Como todos los génios potentes y fecundos produce rápidamente, pero incuba largo tiempo con la fecunda pereza de la gestacion; posee aquella premeditacion que recomienda Horacio, y que es el manantial de las improvisaciones duraderas. Su primera novela (1856) es una obra maestra. Dedicóla á Voltaire y, detalle que demuestra la magnífica contestura de su génio, podria haberla al propio tiempo dedicado á Dante. Tiene ironía como Arouet, y fé como Alighieri. Su primer paso en el teatro (1859) es tambien una obra maestra, pero pequeña, una fruslería de pensador, viva, fugaz, rápida, inolvidable, comedia ligera y fuerte que tiene la aparente fragilidad de los objetos alados.

Para quien le vé de cerca, parece que ese jóven se halla siempre en el descanso y está siempre en el trabajo. Es el perezoso infati-

gable. Por lo demás tiene tantas facultades como esfuerzos hace; entra en la novela, es un maestro; aborda el teatro, es un poeta, se arroja á la lucha de las polémicas, es un brillante periodista. En esos tres terrenos se encuentra en su centro.

Toda su obra es mezclada, es decir, una. Esta es aun la ley de las inteligencias dominadoras que ven todo el horizonte. Nada de reparacion en ese génio, en el que no hay mas que reparaciones aparentes. Sus novelas son trajedias, sus comedias elegías, y son tristes sin que esto les impida ser alegres; vertedero de chanza en la melancolía y de cólera en el sarcasmo, que en todos tiempos de Aristófano á Plauto y de Plauto á Moliere, ha caracterizado el supremo arte. Reir ¡qué motivo de llorar! Aquel jóven hace como esos grandes hombres. Medita y sonrie; medita y se indigna. Por momentos su burlesca entonacion toma súbitamente el acento trájico. ¡Ay! el sombrio buen humor del pensador solloza.

Por estas y otras causas, ese jóven escritor tiene en su estilo aquel imprevisto que constituye la vida. Lo inesperado en la lógica; este es el soberano secreto de los grandes escritores. No se sabe bastante lo que es el estilo. No hay perfecto estilo sin grandes pensamientos. El estilo contiene el pensamiento tan necesariamente como el fruto contiene la sávia. ¿Qué es, pues, el estilo? Es la idea en su espresion absoluta; es la imágen bajo su perfecta figura; todo lo que es el pensamiento, es el estilo; el estilo es la palabra hecha alma; el estilo es el lenguaje hecho verbo. Quitad el estilo y Virgilio se eclipsa, Horacio se evapora, Tácito desaparece. Háse imaginado en nuestros dias un barbarismo curioso: «los estilistas.» Hace unos treinta años que una imbécil escuela de crítica, por fortuna olvidada, hacia todos sus esfuerzos para insultar al estilo y le apellidaba: «la forma.» ¡Qué insulto! *forma*, la belleza. La Vénus hotentote dice á la Vénus de Milo: ¡Tú no tienes mas que la forma!

A las obras suceden otras obras; despues de la *Boheme dorée*, la *Famille tragique* creaciones compuestas de intuicion y observacion, en que la ironía se descompone en piedad, en que el interés dramático llega muchas veces al horror, en que la inteligencia se dilata á la par que el corazon se comprime.

Todas estas cualidades, estilo, emocion, bondad de escritor, virtud de poeta, dignidad de artista concéntralas y las condensa ese jóven en un notable libro, *Les hommes de de l' exil*. Ese libro es un gran libro político; ¿por qué? porque es un gran libro literario. Quien dice *literatura*, dice *humanidad*. Ese libro, *Les hommes de l' exil* es una protesta y un reto; protesta sometida á Dios, reto arrojado á los tiranos. El alma es el Protagonista, el destierro es el drama; los martirios son varios, el sufrimiento es uno, la prueba es variada, los probados no. Quedará esta severa pintura. Ese libro austero y trágico es un libro de amor; amor por la verdad, por la equidad, por la probidad, por el sufrimiento, por la desgracia, por la grandeza; de aquí un odio profundo contra todo lo que sea vil, cobarde, injusto y rastrero. Ese libro es implacable; ¿por qué? porque es tierno.

En todas sus páginas rebosa justicia y piedad, tal es la hermosa alma manifestado por el estilo; tal es ese jóven escritor.

Añadamos á lo patético, ese don de la naturaleza, la filosofía, don de la soledad.

Insistamos sobre esta filosofía. El aislamiento desarrolla en las almas estudiosas una sabiduría particular que vá mas allá del hombre. Esta sabiduría creó el antiguo magismo. Ese jóven, en el desierto de Jersey y en el crepúsculo de Guernesey, se halla, lo propio que los demás solitarios pensativos que le rodean, atacado por esa sabiduría. Una intuicion casi visionaria imprime á muchas de sus obras, como á otras obras de hombres de la misma naturaleza, un alcance singular, cosa que no puede prescindir de llamar la atencion; lo que preocupa á ese jóven génio, es lo que tambien preocupa á los viejos; en los albores de la vida en que parece que se tiene el derecho de hallarse absorbido únicamente por la preparacion de sí mismo, lo que inquieta á ese pen-

sador luminoso y sereno hasta soltar la carcajada, pero tierno; lo que le conmueve y le atormenta es el lado impenetrable del destino, es la suerte de los séres condenados al grito ó al silencio, bestias, plantas, de lo que se llama mundo animal, de lo que se apellida mundo vegetal; le parece ver allí desheredados; se inclina hacia ellos; hace constar que están fuera de la libertad y casi de la luz; se pregunta quién les ha colocado en esa sombra, y doblegándose sobre esos desterrados se olvida de que él mismo es un desterrado. Soberbia conmiseracion, fraternidad del sér que habla para los séres mudos, noble progreso del amor de la humanidad por la dulzura hácia la creacion. Los vivos de abajo; ¡qué enigma! *Inferi*, palabra misteriosa, los inferiores. El Infierno, Profundizad el delirio de las regiones, en el fondo encontrareis la verdad. Solo que interpuestas las religiones la desfiguran por su abultamiento. Toda vida infernal, siendo vida planetaria, es pasajera, solo es eterna la vida celeste.

IV.

Los dos hermanos son como el complemento el uno del otro; el mayor es el movedizo, él mas jóven es el austero. Amable austeridad como la de un jóven Sócrates. Su presencia fortifica; nada hay tan sano y tan confortable como la imperturbable amenidad del obrero contento. Ese jóven desterrado voluntariamente conserva, en el desierto en que se halla puede ser para siempre, las elegancias de su vida pasada al propio tiempo que se pone al trabajo, quiere construir y construye un monumento; no pierde ni una hora, tiene el respeto del tiempo; sus costumbres son á la vez parisienses y monacales. Habita en un cuarto lleno de libros. Al despertar la aurora oye andar sobre su cabeza, sobre el techo de su estancia; es alguien que trabaja, es su padre; esos pasos le despiertan; entonces se levanta y trabaja tambien.

Lo que hace ya lo hemos visto antes, traduce á Shakespeare; empresa colosal, Traduce á Shakespeare, le interpreta, le comenta, le hace accesible á todos; talla, grado por grado en la roca y en el ventisquero, no se sabe qué vertiginosa escalera que termina en esta cima. Hay razon en decir que esos proscritos son ambiciosos; aquel sueña la familiaridad con los génios, se dice: mas tarde traduciré del mismo modo á Homero, Esquilo, Isaías y Dante. Mientras espera tiene á Shakespeare. ¡Ilustre conquista! Introducir Shakespeare en Francia, ¡qué vasto deber! Acepta ese deber; se compromete, se encierra en él; sabe que de allí en adelante estará su vida ligada por esta promesa hecha al gran hombre de Inglaterra en nombre de Francia, sabe que ese hombre ilustre de Inglaterra es uno de los grandes hombres de todo el género humano y que servir á esta gloria es servir á la civilizacion misma; sabe que tal empresa es altiva, que será exigente y soberbia, y que una vez empezada no puede interrumpirse ni quedar abandonada; sabe que en ella hay trabajo para doce años; sabe que en él pasará toda su juventud; sabe que aquello es otra carcel, que se condena al cláustro y así que se entra en un trabajo de tal naturaleza se queda encerrado en él; consiente en ello y de la propia manera que se desterró por su padre, se encarcela por Shakespeare.

Su recompensa es su mismo esfuerzo. Ha querido traducir á Shakespeare, y en efecto, vedlo ya traducido. Ha renovado el horroroso combate nocturno de Jacob; ha justado con el arcángel y no han desmayado sus piernas. Era el escritor que faltaba.

El inglés de Shakespeare no es el inglés de la presente época; ha sido necesario superponer á este inglés del siglo XVI el francés del siglo XIX, especie de lucha cuerpo á cuerpo de los idiomas, aventura la mas formidable á que puede arriesgarse un traductor; aquel jóven ha tenido esta audacia. Ha hecho lo que se ha propuesto hacer. Importaba mucho no perder nada de tan colosal obra. Ha puesto sobre Shakespeare la lengua francesa y ha logrado hacer pasar á través de la confusa claraboya de los dos idiomas colocados uno sobre otro, todo el rayo de aquel génio.

Para ello ha debido gastar en cada frase, en cada verso, casi en cada palabra una inagotable invencion de estilo. Para tal obra es necesario que el traductor sea creador. Y lo ha sido.

Un escritor que prueba su originalidad por medio de una traduccion es estraño y raro. No le basta traducir. Construye en torno de Shakespeare, como machones en torno de una catedral, toda una obra de filosofía, de crítica, de historia. Es lingüista, artista, gramático, erudito. Es docto y cuidadoso; siempre vivo, jamas pedante. Acumula y coordina las variantes, las notas, los prefacios, las esplicaciones. Condena todo lo que está esparcido por los contornos de Shakespeare. No hay antro de esta inmensa caverna en que no penetre. Hace descubrimientos en ese génio.

V.

Y de esta manera es como al cabo de doce años de trabajo, regala Shakespeare á Francia. Los verdaderos traductores tienen aquel poder singular de enriquecer á un pueblo sin empobrecer á otro, de no robar lo que toman y de dar un génio á una nacion sin arrebatarlo á su patria.

Esta larga incubacion se hace sin que se interrumpa ni un solo dia. Ninguna solucion de continuidad, nada de descanso, ninguna concesion á la fatiga, todos los dias conducen al trabajo: *nulla dies sine linea*; esto es por lo demás la buena ley de los arrogantes espíritus. La obra que se cumple y que se vé crecer sirve por sí misma de reposo. No se necesita ningun otro descanso. Así lo comprende ese jóven; nunca abandona su tarea; despiértase todas las mañanas así que oye despertar al que anda por arriba; y al llegar la hora de la comida, bajan los dos del trabajo, él y su padre, y cambian una dulce sonrisa.

Aislamiento, intimidad, renuncia de sí mismo, abatimiento de la nostalgía por el pensamiento; tal es la vida de aquellos hombres. Por horizonte la neblina de las olas y de los acontecimientos, por música el viento de la tempestad, por espectáculo la movilidad del infinito, el mar, bajo la fijeza de otro infinito, el cielo. Pertenecen á los náufragos, miran los abismos. Todo es sombrio fuera de su conciencia; buque del cual no queda mas que la brújula. En esta familia nadie tiene nada en particular; todo es comun, el esfuerzo, la resistencia, la voluntad, el alma. Aquellos padre é hijo aprietan de tanto en tanto su estrecho abrazo.

Es probable que sufran, pero se lo callan, cada uno se absorbe y se sosiega en su diverso trabajo; en las intermitencias, por la tarde en las reuniones de familia, en los paseos por la playa es cuando hablan. ¿De qué? ¡de qué pueden hablar los proscritos sino de su patria! Aquella Francia á la que adoran; si el destierro se agrava, mas el amor se aumenta. Lejos de la vista, cerca del corazon. Tienen todas las grandes convicciones, lo que les da las mayores certezas. Se ha tratado de su mejoramiento; se ha hecho lo que se ha podido, ¿qué recompensa se quiere? Una sola. Volver á ver su patria. Pues bien, volverán á verla. ¡Qué dichosos eran y cómo lo serán aun! Ciertamente, la hora bendita del regreso ha de sonar. Allí bajo les esperan. Así hablan esos desterrados. Terminada la conversacion, vuelven á ponerse al trabajo. Todos los dias se parecen. Esto dura diez y nueve años. Al cabo de este tiempo cesa el destierro, vuelven á Francia y vedles en su patria; son esperados en efecto, ellos por la tumba, él por el odio.

VI.

¿Es que esto es una queja? Nó. ¿Qué derecho habria para quejarse? Y ¿contra quién se dirigiria? ¿Contra vos, Dios mio? Nó. ¿Contra tí, patria? Jamás.

¿Quién podrá pensar en Francia sin sentir reconocimiento y ternura? Y para aquel hombre, para aquel padre ¿no hay tres fechas inolvidables, el 5 de setiembre de 1870, el 18 de marzo de 1871 y el 28 de diciembre de 1873? El 5 de setiembre de 1870 entró en su patria, en Francia; el 18 de marzo de 1871 y el 28 de diciembre de 1873 entraron sus

hijos, uno tras otro, en la otra patria, el sepulcro, y á estas tres entradas viniste á formar cortejo, ¡oh inmenso pueblo de París! Tú viniste tierno, conmovido, magnánimo, con aquel profundo murmullo de las masas que se asemeja muchas veces al arrullo de las madres. Despues de aquellos tres dias de perpétua recordacion ¿ha habido en alguna parte, no importa dónde, en algunas regiones, calumnia, insulto ú odio? Esto puede ser, pero ¿por qué? y ¿á quiénes ha hecho mal? Quizás á aquellos que aborrecen. Compadezcámosles. El pueblo es grande y bueno. Lo demás no es nada. Seria preciso para quejarse de ello no haber visto nunca el Océano. ¡Qué importa una vana superficie espumosa, cuando el fondo es tan majestuosamente amigo y apacible! ¡quejarse de la patria, reprocharla de alguna cosa, nó, nó, mil veces nó! Hasta los mismos que mueren por ella por ella viven. En cuanto á vos, Dios mio, ¿qué deciros? ¿Es que no sois lo Ignoto? ¿Qué sabemos sino que existis y existimos? Es que no os conocemos ¡oh misterio! Eterno Dios haceis girar sobre sus goznes la puerta de la tumba, y sabeis por qué. Nosotros hacemos la fosa, vos lo demas allá. Al hoyo en la tierra se junta una abertura en el firmamento. Os servis del sepulcro como nosotros del crisol siendo lo indivisible incorruptible, nada se pierde, ni el átomo material, la molécula en el crisol ni el átomo moral, el yo, en la tumba. Vos disponeis de los destinos humanos; abreviais la juventud, prolongais la vejez, vuestras razones teneis para ello. En nuestro crepúsculo, nosotros que somos lo relativo, á tientas nos acercamos á vos que sois lo absoluto y no sin contusiones hacemos el oscuro encuentro de vuestras leyes. Tambien vos sois calumniado; las religiones os llaman celoso, colérico, vengativo; por momentos defienden vuestras circunstancias atenuantes; hé aquí lo que hacen las religiones. La religion os venera. Tambien la religion tiene por enemigas las religiones. Las religiones creen el absurdo. La religion cree lo cierto. En las pagodas, en las mezquitas, en las sinagogas, de lo alto de los púlpitos y en nombre de los dogmas, os aconsejan, os exhortan, os interpretan, os califican; los sacerdotes se constituyen en jueces vuestros, los sábio no. Los sábios os aceptan. Aceptar á Dios, este es el supremo esfuerzo de la filosofía. Nuestras propias dimensiones se nos escapan á nosotros mismos. Vos las conoceis, vos; teneis la medida de todo y de todos.

Las leyes de percusion son diversas.

Tal hombre es golpeado mas á menudo que los demás; parece que el destino no le haya nunca perdido de vista. Vos sabeis por qué. No vemos mas que lo acortado; solo vos conoceis las verdaderas proporciones. Todo se encontrará mas tarde. Cada cifra tendrá su total. La vida no da en la tierra otro derecho que morir, pero la muerte da todos los derechos. Que el hombre cumpla su deber, Dios hará el suyo. A la vez somos nosotros deudores y acreedores vuestros; natural relacion de los hijos al padre. Sabemos que procedemos de vos; sentimos confusamente, pero con seguridad, el punto de union del hombre con Dios; de la propia manera que el rayo tiene conciencia de vuestra eternidad. Pruébese una por otra, ¡circulo sublime! Sois necesariamente justo porque xistís y no existen ni el alma, ni la muerte. No podeis ser mas que la bondad en la cima de la vida y la claridad en el fondo del cielo. No podemos negaros, como no podemos negar lo infinito.

Sois lo ilimitado evidente. La vida universal esto sois vos; el cielo universal, esto es lo que sois. Vuestra bondad es el calor de vuestra luz, vuestra verdad es el rayo de vuestro amor. El hombre no puede hacer mas que balbucear siempre que trata de comprenderos. Trabaja, sufre, desea, llora y espera á través de aquello. Humillar ante vos nuestras frentes es elevar nuestros espíritus. Esto es ¡oh Dios! lo que tenemos que deciros.

VII.

Así, pues, nada de quejas. No tenemos otro derecho que el de la admiracion. La admiracion contiene toda la cantidad de protesta que le es permitida á ese inmenso igno-

rante llamado hombre. Y esta dolorosa admiracion ¿cómo reservarla para sí, cuando Francia la reclama? ¿Cómo pensar en los dolores privados en presencia de la pública afliccion? Tal pátria ocupa todo su puesto. Que cada uno tenga su herida, sea; pero que la oculte en presencia de las sangrientas entrañas de nuestra madre. ¡Ah! ¡qué sueños se tienen! Si está fuera de la ley, expulsado, desterrado nuevamente, proscrito y vuelto á proscribir; tal hombre, de blancos cabellos, ha sido arrojado cuatro veces, primero de Francia, luego de Bélgica, despues de Jersey, despues otra vez de Bélgica; y bien ¿qué? Era de los desterrados. Se sonreia y decia: Sí, ¡pero Francia! ¡Francia está allí, siempre grande, siempre bella, siempre adorada, siempre Francia! Entre ella y nosotros hay una vela, pero uno de estos dias el imperio caerá de arriba á bajo y detrás de la luminosa caida ¡Francia reaparecerá! ¡Francia reaparecerá! ¡qué deslumbramiento! en su esplendor, en su gloria, en su fraternal majestad á las naciones, con toda su corona como una reina, con toda su aureola como una diosa poderosa y libre, poderosa para protejer, libre para libertar! Hé aquí que lo que es triste es tener que decirse esto.

¡Ay de mí! soñábase en la apoteosis y se encuentra la picota. La pátria ha sido hallada por los piés de ese salvaje, la guerra extranjera, y por aquella locura, la guerra civil; la primera trató de asesinar la civilizacion y suprimir la capital del mundo, la segunda ha incendiado los dos sagrados pesebres de la revolucion: las Tullerías, nido de la Convencion, el *Hotel de Ville*, nido de la *Commune*. Aprovechando la presencia de los prusianos se derribó la columna de Jena. Se quiso darles esta alegría mas. Se mató á viejos, mujeres y niños. Obróse como locos que no saben lo que hacen. Caváronse inmensas fosas en las que se ha enterrado en confusion y medio muertos lo justo é injusto, lo falso y lo verdadero, el bien y el mal. Se ha querido abatir el gigante París; se ha querido resucitar el fantasma versallés.

Ha habido incendios dignos de Eróstrato y fratricidas dignos de Atreo. ¿Quién ha cometido esos crímenes? Nadie y todos; esos dos execrables anónimos, la guerra extranjera y la guerra civil; los bárbaros que vinieron estúpidamente á las manos, de las dos partes á la vez, de la borrascosa parte en donde están las águilas, del tenebroso lado donde están los buhos, atravesando la frontera, pasando por encima de la muralla, estos franqueando el Rhin, aquellos ensangrentando el Sena, todos franqueando y ensangrentando la conciencia humana, sin poder dar la razon de ello, sin comprender nada, sino que el viento que brama les habia montado en cólera. Atentados de los ignorantes. Tanto de los ignorantes de arriba como de los de abajo. Atentados tambien de los inocentes, porque la ignorancia es una inocencia. Ferocidades sañudas. ¿A quién compadecer? á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ¡ver yaciendo por el suelo, inerte, abofeteado el cadáver de nuestra gloria! ¿Y la verdad? ¿y la justicia? ¿y la razon? ¿y la libertad? ¡ah! todas estas arterias están abiertas. Se nos ha sangrado en las cuatro venas de nuestro honor. Sin embargo, nuestros soldados han sido héroes y los serán aun. ¡Pero qué desastres! ¡No hay crimen, todo es obra de la fatalidad! Han sobrepujado á las antiguas calamidades de Ninive, de Tebas y de Argos. Nadie hay que no tenga su llaga, que es la llaga pública. Y á través de toda aquella agravacion lúgubre, os viene por momentos este penoso pensamiento que en esta hora hay á cinco mil leguas de aquí, lejos de su madre, hijos de 20 años condenados á muerte, luego á presidio por un artículo de diario! ¡Pobres hombres! ¡piedad eterna! fanatismos contra fanatismos. ¡Ay de mí! todos somos fanáticos. El que estas líneas escribe, tambien es un fanático; fanático de progreso, de civilizacion, de paz y de clemencia; inexorable para los miserables; intolerante para los tolerantes. Golpeémonos el pecho.

Sí, se han cumplido esas cosas sombrías. Todo eso se ha visto, y ahora ¿qué se vé?... Han hecho una paz preñada de guerra, ¡Ah, infortunados! Ahora reinan: son príncipes y

se dueños. Son felices con toda la dicha que puede proporcionar una tranquilidad violenta; tienen la gloria de un inmenso lago de sangre; créense invulnerables; están armados de la coraza de la omnipotencia y de la nada; preparan, entre fiestas, en el esplendor de su soberana imbecilidad, la devastacion del porvenir; cuando se les habla de la inmortalidad de las naciones, juzgan de esa inmortalidad por el prisma de su majestad y se rien de ello; créense famosos matones y se piensan vencer siempre; se figuran que es un hecho que las dinastias han finido con los pueblos; imagínase que se ha cortado definitivamente la cabeza del género humano, que la civilizacion se resignará á esta decapitacion; ¿qué es esto sino París poco mas ó menos? Persuádense que Francia que devolvió la América á América, la Italia y la Grecia á Grecia, no sabrá volver Francia á la Francia.

Y creen esto ¡qué estupidez!

VIII.

Y sin embargo el nubarron aumenta, semejante á la misteriosa columna conductora, negra en el azul, roja en la sombra. Cubre lentamente el horizonte. Los viejos temen por los niños y los niños la saludan. Germina una funesta inclemencia. Los rencores cobijan represalias; los mas apacibles se sienten confusamente implacables; las augustas promiscuidades fraternales ya no son de la época, la frontera se torna una barrera; se vuelve á ser nacional y el mas cosmopolita renuncia á la neutralidad; ¡adios, mansedumbre de los filósofos! entre la humanidad y el hombre se levanta terrible, la pátria. Mira indignada á los prudentes. ¡Qué no vengan mas á hablar de union, de armonía y de paz! ¡Nada de paz, la frente alta! Hé aqui lo que la pátria quiere. Aplazamiento de la concordia humana. ¡Oh miserable contingencia! Los vencimientos son inevitables, óyese abrir bajo tierra las catástrofes sembradas, y en su crecimiento cada vez mas distinto, puede calcularse la hora de su aparicion. No hay medio de escape. El porvenir está lleno de fatales arribos. Si Esquilo fuese francés y Jeremías fuese teuton, ambos llorarian. El pensador medita abrumado. ¿Qué hacer? Aguardar y esperar, pero esperar á través de la matanza. De aquí un siniestro azoramiento. El pensador, que siempre tiene algo de profeta, tiene ante sus ojos un tumulto, que es el porvenir.

Buscaba con la vista mas allá del horizonte la alianza y la fraternidad y está condenado á entrever el odio. Nada hay de cierto pero todo amenaza. Todo es oscuro, pero sombrío. Piensa y sufre. Sus elucubraciones de inviolabilidad de la vida humana, de abolicion de la guerra, de arbitraje entre los pueblos y de paz universal, se ven atravesados por el vago relucir de las espadas.

Esperando se muere y los que mueren dejan tras sí á los que lloran. Paciencia. Otros nos han precedido. Justo es que la noche llegue para todos. Justo es que todos, uno tras otro, suban á recibir su paga. Las injusticias solo son aparentes, la tumba de nadie se olvida.

Un dia, quizá pronto la hora que ha sonado para los hijos tocará para el padre. Habrá finido la jornada del trabajador. Llegará su turno; tendrá la apariencia de un dormido: se le pondrá entre cuatro tablas, será ese algo ignoto que se llama un muerto y se le conducirá á la grande abertura sombria. Allí, es lo único que no se puede adivinar. El que llega es aguardado por los que han llegado antes. El que llega es el bienvenido. Lo que parece la salida es para él la entrada. Percibe con claridad lo que oscuramente habrá aceptado; el ojo de la carne se cierra, el espíritu se abre, lo invisible se hace visible. Lo que existe para los hombres de mundo se eclipsa para él. Mientras que el silencio se hace en derredor de la entreabierta fosa, mientras que las paletadas de tierra, polvo arrojado á lo qne va á ser ceniza, caen sobre el apagado y sonoro ataud la misteriosa alma abandona este vestido, el cuerpo, y sale luz del montonamiento de las tinieblas. Entonces para esta alma reaparecen los desaparecidos, y estos verdaderos vivientes que en la sombra terres-

tre se llaman los muertos, llenan el horizonte ignorado, se estrechan radiantes, llamando dulcemente al recien venido y se inclinan sobre su deslumbrado rostro, con esa bella sonrisa que tienen las estrellas. De esta suerte marchará el trabajador cargado de años dejando tras sí, si ha obrado bien, algunos duelos, seguido hasta el borde de la tumba tal vez por húmedos ojos y por graves y descubiertas frentes, al mismo tiempo que recibido con alegría en la claridad eterna, y si vosotros, queridos mios, no formais parte del duelo aqui bajo, allá arriba sereis de la fiesta.

EL SALDO DE UNA CUENTA.

Estando un verano en Deva, nos reuníamos varios bañistas por la tarde, y nos ibamos á pasear por sus pintorescas cercanías, llamándonos la atencion un hombre jóven, de porte distinguido, y de unas maneras, que rehusando la compañía de todos, se paseaba solo sin tomar nunca parte en las diversiones que proyectaban los demás.

Una tarde, contra su costumbre, se reunió con nosotros y comenzó á hablar de espiritismo y nos preguntó lo siguiente:

—¿V. es esa señora que escribe en los periódicos espiritistas?

—Si señor; le contestamos.

—¡Qué casualidad! replicó él, de haberla encontrado; hace algunos años que yo me queria poner en relacion con V.

—Si... ¿y por qué?

—Por que sufria, y como se conoce que V. ha sufrido mucho, queria participarle mis penas para que me diera V. un consejo.

—¿Y le han pasado ya esas penas?

—Si no hubieran pasado, ¿cree V. que yo viviria?

—¿Tan grandes eran?

—Tan grandes; ¡V. no sabe lo que es despertar en una cárcel!.. ¡V. no sabe lo que es perder en un momento lo que mas se ama, á lo cual le sacrifica el hombre toda su vida, todas sus aspiraciones, porque una buena reputacion es la mayor fortuna que el hombre puede tener.

—Ciertamente; y V.... ¿quizá?...

—Yo... yo señora... siempre he sido considerado como un hombre honrado; pero llegó un dia que no lo quiero recordar: y el jóven se quedó profundamente pensativo.

Nosotros con aquellas palabras ya tuvimos bastante. Siempre deseamos saber historias tristes; y comprendimos que Julio Sandoval habia bebido mucha hiel en su vida: desde aquella tarde no desperdiciamos nunca la ocasion de hablar con Julio, y al fin conseguimos que una noche mientras los otros bañistas bailaban en la plaza, él nos contara, aunque muy á la ligera, una parte de sus sufrimientos, comenzando así:

—Crea V. amiga mia que deseo mucho ser espiritista, y en honor de la verdad, por gratitud siquiera debia serlo.

—¿Tanto le ha debido V. al espiritismo?

—Mire V., le debo la vida.

—Pues mucho le debe V.

—Ya lo creo, las obras de Kardec fueron mi salvacion, y algunos escritos de V. consiguieron despertar en mi mente una dulce esperanza. ¡Cuanto he sufrido!... ¡si V. supiera!...

—Pues eso queremos saber.

—Es que temo que V. sepa, por qué.

—¿Por qué? vamos á ver.

—Pero no, V. me conoce. V. ya sabe quien soy, sus amigos son mis amigos y...

—Si, Julio sí; comprendemos perfectamente que V. es lo que se llama una persona decente en toda la acepcion de la palabra.

—Siempre he tratado de serlo, por eso me fué más horrible la acusacion.

—¿La acusacion de qué?

—Mire V. como tengo la cabeza, le cuento el final, y no le digo nada del principio.

—Pues serénese V., coordine sus ideas, y cuénteme algo de su historia.

—Mi historia es mas enredada que el célebre laberinto de Creta.

—Mejor, asi tendrá V. mas que contar, y yo más que escribir.

—¿V. le dá importancia á los sueños?

—¿A unos sí; y á otros no: pero hay sueños que son verdaderos avisos y se les puede llamar sin duda alguna, fotografías del porven r.

—Si que es verdad; mire V. yo una vez vi en mis sueños á mi padre: estaba muerto, una bala habia dejado honda huella en su cabeza: su rostro lívido se quedó tan grabado en mi imaginacion que cuando dos meses despues vi su cadáver, inmediatamente recordé mi sueño.

—Tuvo V. una revelacion, se puede decir.

—Y tanto que lo fué.

—¿Pero no dá V. comienzo á su relato?

—Si Amalia; si; el sueño que le he dicho, es la introduccion.

—Pues adelante con el resto de esa historia.

—Bien triste por cierto; mi padre siempre tuvo la mania de suicidarse, y cuando le haciamos observaciones contestaba: *¡que una vez muerto, la gente que dijera lo que quisiera!*

—¿Estaba enfermo?

—Si, hacia muchos años tenia lesionado el pulmon izquierdo, los mismos médicos al hacer la autopsia lo declararon; se empeñó en matarse, y como querer es poder, al fin consiguió aniquilar su cuerpo y destruir la tranquilidad de su familia; figúrese V. que se suicidó sin dejar como algunos una carta aclaratoria; mi madre habia salido, yo tuve la suerte que vino un amigo por mi, y me hizo levantar mas temprano que de costumbre, que en mi salida hubo mucho de providencial. Fuime con mi amigo, anduve la *Ceca* y la *Meca*; y por último me fui á la oficina, y mientras mi padre qne estaba solo puso fin á sus dias del modo mas raro que V. se puede imaginar: no uso ni arma blanca, ni arma de fuego, ni tomó ningun tósigo, ni se tiró al pozo, ni se arrojó por el balcon, todos esos medios los creyó vulgares sin duda.

—¿Pues como se las compuso?

—Aceptó la moda nihilista, debió cojer una pequeña cantidad de dinamita, se fué á la cocina en cuyo fogon debia haber fuego, y cuando mi madre volvió que habia estado dos horas fuera de casa, al abrir la puerta se encontró el cadáver de mi padre bañado en sangre que yacia en el comedor con los piés dentro de la cocina, y la cabeza completamente destrozada. Yo estaba como le dije en la oficina cuando vinieron á decirme los vecinos de mi casa que me fuera con ellos, que mi padre estaba muy malo. Yo que habia dejado á mi padre tranquilo en su cama, al oir decir que estaba muy malo, un pensamiento horrible me asaltó; y esclamé con profunda conviccion—Mi padre es muerto; llegué á mi casa, me arrojé sobre el cadáver y le prodigué esas últimas caricias que desgarran el corazon del hombre, y al mismo tiempo miraba á mi madre y me decia á mi mismo: he aquí tu sueño. Todos decian que se habia matado de un tiro que habian oido una esplosion horrible. Mi madre, la pobre en cuanto abrió la puerta y vió aquel cuadro tan espantoso llamó á los vecinos, y lo que sucede en esos casos, ella fué la que menos vió á su marido; que nunca faltan almas compasivas en esos trances terribles. La justicia se apoderó de mi padre, lo llevaron á la casa de socorro diciendo los camilleros que aquel hombre se habia pegado un tiro y al ver los médicos aquella cabeza acribillada dijeron.—Aqui ninguna bala ha dejado su siniestro surco, este machacamiento ha sido producido por otra causa, una fuerza insólita ha contribuido á completar este destrozo, aquí hay algo, y algo grave, gravisimo, y mientras la justicia comentaba, yo sin poderme esplicar la causa, dejé á mi madre que estábamos en el piso frente al nuestro, y pasé á mi casa, mi madre gritaba: Detener á Julio que no entre en el cuarto; pero despues de esas grandes catástrofes queda tal aturdimiento, que nadie se ocupaba de mí, todos hablaban á la vez, y yo aprovechando tal confusion entré en mi piso y me senté en el comedor donde habia un gran charco de sangre diciendo entre mí:

¿Que te queda de tu padre? ¡nada!.. ¡nada! únicamente un poco de ese liquido rojo que le daba vigor... ¡triste cosa! ¡ni un retrato! ¡ni un rizo de sus cabellos! ¡nada!... pues es preciso que algo te quede, guardaré una poca de sangre; cogí un pómo y lo llené de aquel espeso líquido, cojí despues varias hojas de papel blanco, y mi diestra manchada la fui apoyando sobre todas ellas, y por último, pensé en mi hermano que estaba en Ultramar, y dije, él tambien debe tener un recuerdo; le escribiré una carta con la sangre de nuestro padre, y escribí una carta con aquella tinta roja.

Al hacer yo todas estas operaciones parecia como si una fuerza oculta me diera aliento, por que habia momentos que me dirigia á la puerta para salir y retrocedia, y me quedaba otra vez parado delante del charco de la sangre de mi padre, y asi estuve no se cuanto tiempo, hasta que al fin vinieron por mí y yo me dejé conducir despues de haber hecho todas aquellas torpezas, que para mi entonces no lo eran, porque yo estaba muy satisfecho de poder tener algun recuerdo de mi padre.

Al dia siguiente vino la justicia, y registró mi casa, me hicieron mil preguntas disimuladamente, yo les espliqué todo lo que habia hecho con la sangre de mi padre, les enseñé el pómo, los papeles manchados y la carta para mi hermano, y con la mayor cortesia á mi madre y á mi nos invitaron á que fuéramos á declarar al Juzgado; salimos, y al ver que entrábamos en la cárcel mi pobre madre me dijo—¡Ay! Julio de mi alma, ¿dónde nos traen?—No tenga V. mie-

do le dijé yo, despues de prestar las declaraciones al juez saldremos y en paz; ¿que han de hacer con nosotros aquí? Y antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacian conmigo, me separaron de mi madre, me hicieron andar corredores y galerías y me encerraron en un calabozo donde los escarabajos y los ratones me dieron la bienvenida. Al verme allí dentro me quedé tan sorprendido, tan asombrado, que no sabia lo que pasaba por mí; me creia víctima de una horrible pesadilla y me restregaba los ojos fuertemente para despertarme. Recordaba mi vida de ayer tranquila y honrada, querido de mis padres y de mis jefes que yo estaba empleado en una de las dependencias del Estado, que manejaba grandes valores y tenian en mi completísima confianza. Yo decia: ¿Si habrán hecho algun robo en mi oficina? ¿si me habrán preso por revolucionario? por que mis ideas en política son algo avanzadas, y yo figuraba en juntas y comités y hablaba mucho de libertad y de igualdad, y me llegué á convencer que mi prision era por causa política; y hasta lamenté la suerte de mi madre y decia: ¡Pobre mujer! ayer la muerte te arrebató á tu marido, y mañana te quedarás sin hijo; que por lo menos me mandan á Filipinas: este sombrío calabozo sin una silla, sin una cama, indica que debo ser un reo de Estado, y pensando, y reflexionando pasé la noche y al dia siguiente comparecí ante mis jueces, y estos me hicieron saber que mi padre no se habia suicidado, al oir esto, salté de mi asiento y dije:

—¿Dónde? ¿dónde está el asesino? decidmelo, que solo á un hijo cumple vengar la muerte de su padre. Los jueces me miraban y para no cansarla, por que seria muy largo mi relato, le diré que despues de mil preguntas y repetidísimas declaraciones, al fin me dijeron que no habiéndose encontrado la menor huella de los asesinos, mi madre y yo éramos conceptuados como presuntos reos, y que el uno ó el otro habíamos hecho el crimen.

—¡Mi madre! dije yo, ¡pobre mujer! si ella durante los treinta años que estuvo unida á su marido, vivió con la mayor tranquilidad; si los dos se querian entrañablemente, sí vivian el uno para el otro; ¿por qué al cabo de sus años esa horrible saña llevada hasta el crimen?—Pues entonces me dijeron, nadie puede ser mas que V. y todas las sospechas en V. recaen; todo le acusa, triste es decirlo; y ante la mirada escudriñadora de la ley, V. es el asesino de su padre.

—Esa acusacion caeria sobre V. como plomo derretido.

—No sé lo que pasó por mí, Amalia, no lo sé; hay horas en la vida que no sé si son mas largas que los siglos ó mas cortas que los segundos; las sensaciones se multiplican de una manera asombrosa, se vive en un instante mas que en un centenar de siglos, y no sé como el cuerpo resiste tan encontradas emociones. Recuerdo que me llevaron á mi calabozo y como hacia varias noches que no dormia, no sé si me quedé dormido ó desmayado, lo que sí sé que debieron pasar muchas horas, y cuando me dí cuenta que vivia...... qué horrible es despertar en una cárcel! ¡qué horrible es, amiga mia! ¡que nadie se llame desgraciado si no se ha despertado en una cárcel!

—Tiene V. razon, dice V. muy bien; yo comprendo el suicidio, lo encuentro hasta lógico dentro de una prision.

—¡Ah! sí, sí, cuando estuve bien despierto me miré, me sonreí con lástima, y me dije á mí mismo: ¿Con que eres un asesino? tus amigos lo creerán, los jueces dicen que tienen pruebas..... han encontrado sangre en un pomo, papeles manchados y una carta escrita con sangre, y ahora te pregunto yó: Tú que no podias ver ni la sangre de una gallina, que te horrorizabas si veias matar á un pichon, como has tenido valor para manejar la sangre de tu padre y hacer tantas cosas con ella? ¿quién te aconsejaba? ¿quién te inspiraba? ¡yo entonces tenia una idea remotísima del espiritismo; ¿has obrado por tu voluntad? he aquí un misterio, pero un misterio infernal, y me perdia en conjeturas y me volvia completamente loco. Al cabo de ocho dias me trajeron una cama, á los quince me cambiaron de calabozo, y por una fatal coincidencia, tantos presos vinieron que hasta en la capilla hubo que colocar gente, y yo fuí uno de los que colocaron en aquel sitio, y para dormir, ¿sabe V. donde reclinaba mi cabeza? en un cajon que contenia las argollas con que sujetan á los condenados á muerte; cuatro malhechores me acompañaban, y el mas culpable me decia:—Se conoce que tu es la primera vez que vienes á la cárcel, cuando hayas venido cinco ó seis veces, ya no te asustarás. Yo al oir aquel hombre, que tal vez me creia uno de tantos criminales sufria tan horriblemente, me heria de tal modo aquella humillacion, que pedia á gritos la muerte.

—Motivos tenia V. para pedirla.

—Que si los tenia... no lo sabe V. bien; al fin

cuando dejé de estar incomunicado vinieron á verme mis amigos, mis jefes, muchas señoras de la alta sociedad, y como creian que yo estaba medio loco no me quisieron poner en cuarto separado para que no pusiera fin á mis dias, pero aquellas atenciones, aquel cariño producian en mí distintos efectos, á veces decia. ¿Si pensarán que soy un asesino, y me alargan la mano por un compromiso social? ¿toda esta gente qué pensará de mí? y durante tres años y ocho meses sufrí la prision preventiva, pasando en ese tiempo todos los tormentos del infierno. Cuando ya estuve en mi cuarto se armó un motin en la carcel, y por arte del demonio, (como dirian los beatos,) aparecí yo como uno de los agitadores, y me castigaron haciéndome bajar al peor patio, donde no hay hombres, sino fieras, y por una amarga irrision de la suerte, aquellos desgraciados me recibieron con palmas y olivas. Ellos creian que yo habia defendido sus derechos, y para no quedar entre sus manos hice el papel de insurrecto á las mil maravillas; y cuantas veces sentado en el suelo veia á aquellos leones entregarse al pugilato, otros blandian enormes cuchillos, y otros me traian el vaso de aguardiente para que brindara con ellos, y yo, que á semejanza de una mujer delicada nunca habia hecho uso de bebidas espirituosas, tenia que beber cuanto me presentaban, que comer en el mismo plato de otro, en fin Amalia, todas las contrariedades, todos los tormentos, todas las humillaciones, todas las agonias que puede sufrir un hombre las sufrí yo entonces; y en aquella época, cuando volví á mi cuarto leí las obras de Kardec, varios artículos de V. y me convencí que yo pagaba una deuda muy grande; cuando todo se conjuraba contra mí á pesar de estar atendidísimo de mis amigos y de mis jefes que no me abandonaron ni un segundo, que no se cansaron nunca de repetir que yo era inocente, y mi madre lo mismo; que la infeliz estaba presa como yo; y despues de mil peripecias á cual mas estrañas, tanto que hasta mis jueces le llamaban á mi causa, la causa de las estrañezas, al fin supe que no encontrando datos suficientes para declarar la culpabilidad de mi madre y la mia, seriamos absueltos.

Mis amigos querian ir á esperarme á la puerta con mas de cincuenta coches, con música, qué se yo lo querian hacer; y yo les decia: Lo que habeis de prepararme es una buena habitacion en un manicomio; porque cuando yo recobre la libertad me volveré loco de alegría; y cuando mas planes hacian ellos, y yo contaba lejano el dia de mi salida, una noche á las 7 entró un preso político en mi cuarto, y estrechando mi mano con inusitada efusion me dijo: —Vístete, tu madre te espera, ya eres libre.

—¡Cómo se quedaria V!...

—Al oir aquellas palabras, le puedo jurar Amalia que no sé lo que pasó por mí; me cojió tan de improviso, me quedé tan aturdido que entre los llaveros tuvieron que vestirme por que yo no sabia lo que hacia; no le diré mas que sin quitarme las zapatillas me empeñaba en ponerme las botas, y como un hombre ébrio me lanzé á la escalera, y no me fracturé aquella noche una pierna por que Dios no quiso; saltaba los tramos y mi cuerpo como una pelota botaba contra la pared y mi fuerza de voluntad lo impelia de nuevo hasta que uno de los llaveros me gritó diciendo: acuérdese V. del consejo de su madre.—Al oir estas palabras me detuve, y recordé que siempre me decia en sus cartas.—Cuando te dén la libertad, baja contando los escalones, es el único favor que te pido hijo mio; y maquinalmente concluí de bajar la escalera despacio para caer en los brazos de mi pobre madre.

Rechinaron los cerrojos, las puertas se abrieron, dí algunos pasos... y me encontré en la calle, mi madre se apoyaba en mí y yo en ella, no podiamos andar, la emocion nos dominaba, mirábamos al cielo, despues en torno nuestro: ¡nadie nos esperaba! ¿Como habian de esperarnos? ¡si nuestros amigos nada sabian! queriamos correr... volar... para dejar de ver los negros paredones de la cárcel; pero eran inútiles nuestros esfuerzos, dábamos un paso, y retrocediamos tres. Al fin tras de una marcha penosisima llegamos á la casa de uno de mis más íntimos amigos; al cual cogí por mi cuenta, y asido de su brazo me lancé á la calle para ir á ver á mi abogado, y grité y hablé, y corrí, y durante muchos dias salia como un loco, me iba al campo y andaba, andaba hasta que el cansancio me rendia, y solo andando me convencia que no estaba preso, y aun todavia cuando veo un monton de piedras me gusta subir y bajar por ellas: el terreno llano me recuerda la cárcel, y prefiero andar siempre por encima de los promontorios. ¿Qué le parece á V. tengo yo motivos para bendecir el espiritismo? por que si no hubiera sido por el estudio que hice de sus obras, le juro que en la cárcel pongo fin á mis dias.

—Y sobrados motivos tenia V. para ello.

—¿Que si tenia?... no lo sabe V. bien.

—Se comprende que sufriria V. horriblemente.

—¿Que si sufria? es necesario vivir dentro de un calabozo para comprender lo que sufre el hombre en uno de esos lugares nauseabundos. Primero me ví aislado con mis pensamientos, con mi fatal pregunta, que siempre me preguntaba. ¿Será cierto? ¿tendrán los jueces razon? ¿seré un asesino? ¡imposible! ¡imposible! ¡si, yo quería mucho á mi padre! ¡si soy inocente. Pero... ¿de qué me sirve serlo? ¡si la sociedad me cree culpable!... Despues... ¿sabe V. lo que es vivir entre asesinos? cuando alguno de aquellos hombres me decia: ¿No has matado mas que á tu padre? ¿habia testigos? si no los habia no tengas miedo. Yo al oir aquellas preguntas, al ver la seguridad que tenian de mi supuesto crimen, decia; Julio, ¿qué haces? ¿no matas á este hombre? ¿no le confundes en un segundo? Mas ¡ay! que si le mato entonces si que seré un asesino, y yo no debo serlo; si yo ayer era un hombre honrado, ¿como he de descender hoy á cometer un crimen? ¡Yo no quiero matar, lo que yo quiero es morir!...

—¡Pobre amigo mio! ¡cuanto ha sufrido V!

—Mucho Amalia, mucho, pero al leer los libros de Kardec mis sienes dejaban de latir con violencia, y decia: si yo viví ayer, ¡quien sabe lo que hice! si cada cual recoje lo que siembra, ¡que mal trigo sembré en mi pasada existencia! y en esta lucha pasé el tiempo de mi encierro; y hoy quiero ser espiritista siquiera por gratitud, por que al estudio del espiritismo le debo la vida.

—Ciertamente que se la debe V., muchos son los desgraciados que se la deben.

—Lo creo; yo no es que estuviera preparado para creer, por que era mas bien materialista que otra cosa, pero la fuerza de los hechos me ha hecho conocer que algo superior á mi inteligencia y á mi voluntad me hizo escribir aquella malhadada carta, y manchar aquellos papeles, y ponerme en contanto con lo que me inspiraba mas aversion, mas horror, con la sangre. Yo no estaba loco: ¿qué pasaba entonces por mí? ¿Por que vi á mi padre en mi sueño, del mismo modo que le vi despues y otra infinidad de circunstancias que por la brevedad omito, y que me han convencido que los espiritus toman una parte muy directa en ciertos actos de nuestra vida?

—Asi es Julio, asi es; cuando el hombre tiene que pagar algo que debe, es necesario que todo se combine, que todo se relacione, y V. indudablemente tenia que sufrir lo que ha sufrido, cuando apesar de ser de buena familia, atendido y respetado en la sociedad, protegido por personas de valia, nada le ha valido para eximirse de la pena.

—Es cierto.

—V. quizá, seria en su vida pasada un calumniador que haria la desgracia de muchas familias, y tal vez algunos séres estuvieron cerca del patibulo por sus falsas acusaciones y V. ha tenido que dormir en la capilla de los ajusticiados para sentir la misma agonia de sus victimas de ayer.

—Yo tambien creo lo que V. dice, y ahora, cuando pienso filosóficamente en mis sufrimientos me alegro de haber sufrido, por que como padecí tanto, comprendo que he pagado mucho, y crea V. que estoy contento, muy contento.

—Puede V. estarlo, por que el saldo de una cuenta nos deja libres. Ahora lo que á de procurar es no adquirir nuevas deudas, que las deudas se suelen contraer riendo, pero se pagan llorando.

No hemos vuelto á saber nada de Julio, pero confiamos que llegará á ser (si ya no lo es) un buen espiritista; nunca podrá olvidar el consuelo que encontró en las obras de Kardec, y aunque el hombre con rarísimas escepciones generalmente es ingrato, pero con todo, Julio le debió mucho al espiritismo, por que el estudio de sus obras le evitó el cometer un crimen, le salvó de atentar á sus dias, y le dió resignacion bastante para esperar.

¡Bendita sea esa creencia racional que á tantos hombres ha separado del borde del abismo; porque hay situaciones en la vida, que si no hubiera la profunda conviccion de la supervivencia del alma, el hombre tendria un placer en destruir su organismo y acabar de una vez su agonia.

La situacion de Julio era una de ellas. Un hombre decente, una persona distinguida, en una buena posicion, entregado á ese trabajo que honra y no fatiga, considerado de sus jefes, amado de sus padres, querido de sus amigos, en lo mas risueño de la vida, en la hermosa juventud, y de pronto desaparecer de la sociedad y despertar en un calabozo, acusado de parricida: y tener que vivir tres años y ocho meses entre

rufianes y bandidos, sufriendo todas las humillaciones, teniendo que amoldarse á aquellos usos brutales, y estar en amigable compañía con asesinos que le preguntaban: *¿No has matado mas que á tu padre? ¿hubo testigos?* Con esta horrible metamórfosis hay para volverse loco.

Nosotros, solo de pensar lo que sufriria nuestro pobre amigo, nos estremecemos y sentimos que nuestro corazon apresura sus latidos.

Habrán prodigado cariño, y les brindarán amor!

Habrán sembrado deberes y recogerán derechos, habrán trabajado mucho y serán dueños de un gran capital, capital que nunca se disminuye, capital que nunca se pierde, capital que siempre se aumenta, por que el progreso tiene sus minas en el infinito!

¡Plugue á Dios que Julio sea uno de los grandes capitalistas del porvenir, y que no tenga que saldar ninguna otra cuenta acusado de parricidio!

¡Alma noble y leal! ¡cuanto! ¡cuanto debió sufrir!

Amalia Domingo y Soler.

LA INQUISICION EN ESPAÑA

(*Conclusion*).

Gracias al ejercicio de esta horrorosa máxima, los esfuerzos del santo tribunal se vieron coronados por los más grandes resultados. Bajo los dos reinados de Cárlos V y Felipe II, la Península estaba compartida en diez y siete tribunales, que funcionaban en admirable concierto en Sevilla, Jaen, Córdoba, Toledo, Granada, etc., etc., y 84.146 sentenciados tuvieron que sufrir sus rigores: 10.344 fueron quemados vivos; 4.662 en efigie, y 69.139 tuvieron que soportar diversas penas aflictivas infamantes. Entre los sentenciados á último suplicio se hallaba el hijo de Felipe, el que se le dispensó la vergüenza del patíbulo, y gracias al rey, su padre, obtuvo el favor de morir en un baño de agua caliente.

Extrictamente concentrados en la Península por los estrechos límites de este trabajo, no trataremos de los diversos establecimientos que la inquisicion de España, bajo la proteccion de los reyes católicos, fundó en Bélgica, en Holanda, en Sicilia, en Nápoles y hasta en el Nuevo Mundo. Nos bastará decir que en todas partes sembraron el espanto; doquiera se grangearon la execracion pública, dieron origen á sangrientas guerras, y aun hoy, en todas las comarcas en donde han existido, su recuerdo está lleno de horror.

En el reinado de Felipe III (1598 á 1621), la inquisicion se dedicó sobre todo á perseguir á los moros convertidos ó nó al cristianismo; acabando por obtener su expulsion definitiva de la Península, en número de 800,000. Al llevar á cabo este salvaje destierro, que despojaba á España de industriosos é inofensivos habitantes, la inquisicion esperaba apoderarse de los bienes de los desgraciados proscritos; pero el duque de Osuna, que á la sazon gozaba de grande influencia, logró el permiso de que los expulsados llevaran consigo sus efectos mas preciosos. Burlada así la codicia de los inquisidores, echaron su maldicion sobre el duque, *protector de la heregía.* Durante el mismo reinado de Felipe III el número de las víctimas de la inquisicion se elevó á 13.248, de las cuales 1.840 fueron entregadas á las llamas.

En el reinado de Felipe IV (1621-1665), el Santo Oficio dió un ejemplo bien notable de su ardor en perseguir todo lo que estaba animado del espíritu de tolerancia. Á fines del reinado de Felipe III, Luis de Aliaga, su confesor, fué promovido al cargo de inquisidor general; y habiendo sido su administracion más humana que las de sus predecesores, escitó un profundo descontento entre los grandes oficiales de la inquisicion. En su consecuencia, inmediatamente despues de la muerte de Felipe III, Luis de Aliaga fué destituido de sus funciones, acusado y llevado ante el Santo tribunal como favorecedor de los luteranos. La muerte le libró de las consecuencias de este odioso proceso, pero sus huesos fueron despiadadamente entregados á las llamas. Por esta época consiguió la inquisicion hacer beatificar al inquisidor Pedro Arbués, asesinado en 1485

por los habitantes de Zaragoza á causa de los injustos rigores que con ellos ejercia. En el reinado de Felipe IV 14.080 individuos fueron juzgados, de los cuales 2.352 ardieron en las hogueras de la fé.

Durante el reinado de Cárlos II (1665-1700), los abusos del despotismo monacal habian llegado á ser tan enormes, que este mismo príncipe; aunque tímido y supersticioso, sintió la necesidad de reprimirlos. Una comision se nombró al efecto; pero despues de un maduro exámen, se reconoció que la jurisdiccion inquisitorial estaba tan bien establecida y sus venganzas eran tan temibles, que el mal no tenia remedio, y los miembros de la comision, temiendo la cólera del Santo Oficio, se dispersaron muy pronto.

Habiendo sido llamado al trono de España en 1700 el duque de Anjou, nieto de Luis XIV, se creyó que bajo este reinado aquel tribunal seria mas tolerante; sin embargo, esta esperanza estuvo muy léjos de realizarse. Antes de abandonar la Francia el jóven príncipe, habia recibido de su abuelo la órden de sostener la inquisicion en sus nuevos estados, á fin de conservar la pública tranquilidad. Felipe V permaneció fiel á este precepto, y hasta se apoyó en el Santo Oficio para someter aquellos de sus súbditos que rehusaban prestarle juramento de fidelidad ó pretendian que el juramento prestado á un príncipe extrangero carecia de valor. Todas estas tentativas de rebelion fueron severamente reprimidas por la inquisicion, que de esta manera queria atraer los favores de la nueva dinastía. Persiguió con el mismo ardor á los Fracmasones, que comenzaban á propagarse en Europa, y celebró durante el reinado de Felipe V (1700-1746), 742 *autos de fé*, que sumaban 11,480 sentenciados, 1600 de los cuales fueron tostados á mayor gloria de Dios.

En los reinados de Fernando VI y de Cárlos III (1746-1788), hijos ambos de Felipe V, los actos de la inquisicion se hicieron ménos atroces: tan tiránica como siempre, pero menos cruel, más que nunca intentó sofocar el progreso de las ciencias, y sumergió en sus calabozos á todos los que querian emancipar la inteligencia. Esta suerte cupo al filántropo Olavides, fundador de las colonias estrangeras en Sierra Morena. Despues de prestar eminentes servicios á su país, este desgraciado permaneció ocho años en los calabozos del Santo Oficio, al cabo de los cuales se le declaró incapacitado para el desempeño de todo cargo público.

Con el advenimiento de Cárlos VI, la inquisicion llegó á tomar un carácter de templanza mas pronunciado; pero el éxito de la revolucion francesa produjo tal perturbacion entre los consejeros de la corona, que, para imponerse al torrente invasor de las ideas liberales, no hallaron nada mejor que confiar la seguridad de España al tribunal de la fé. Este fué, pues, el encargado de vigilar activamente la introduccion de periódicos y obras políticas que las prensas francesas editaban diariamente y en gran número, impidiendo así la propagacion de las ideas revolucionarias en la Península. A fin de conseguir este resultado, hizo anunciar en las puertas de todas las iglesias largas listas de obras cuya posesion ó lectura eran prohibidas bajo las mas severas penas, y los que se permitian emitir en público opiniones favorables á la revolucion eran inmediatamente encarcelados. Impresionado por tal situacion y movido por un sentimiento de humanidad, Gregorio, obispo de Blois, dirigió exhortaciones al gran inquisidor de España rogándole que aboliese el Santo Oficio (16 Febrero 1788). Tomamos de esta carta el pasaje siguiente, que resume su alcance y su espíritu: «Anúlese, en fin, ese tribunal cuyo solo nombre recuerda tantas ideas aflictivas; arránquese, en fin ese árbol cuyo tronco está en Madrid, que estiende sus ramas á Lima, á Méjico, y cuyos retoños, implantados en Lisboa y en Goa, han producido frutos no ménos amargos. Que en la tabla de los abusos destruidos, suspendida en el frontispicio del siglo nuevo que vá á comenzar, se inscriba la inquisicion en primer término:»

El voto de Gregorio no se realizó sinó diez años más tarde, cuando Napoleon, ha-

biendo resuelto apoderarse de la Península, se encaminaba hácia Madrid á la cabeza de un ejército francés. Deseoso sin duda de conquistarse alguna popularidad, Napoleon abolió la inquisicion por un decreto fechado en Chamartin el 4 de Diciembre de 1808; pero las Córtes no pronunciaron legalmente la abolicion del odioso tribunal hasta el 22 de Febrero de 1813. Por aquella época, las propiedades de la inquisicion fueron apreciadas en 170 millones de reales, que producían una renta de cerca 7 millones, el personal de los diversos tribunales se componia entónces de 2,705 oficiales, 4.000 síndicos ó agentes inferiores y 22,000 familiares.

Despues de la memorable lucha de 1808 á 1814, y cuando los Borbones fueron reinstalados en el trono de España, sin duda para recompensar el heroismo de los españoles, que le habia conservado el trono, el fanático y brutal Fernando VII restableció la inquisicion (21 de Julio de 1814). La restauracion del odioso tribunal fué una causa incesante de perturbacion y desasosiego, pues no sirvió mas que para satisfacer odios individuales, perseguir crímenes imaginarios y destruir toda manifestacion de las ideas liberales y progresivas. Sin embargo, contra el voto popular, se sostuvo durante ocho años, en cuyo corto período, hombres eminentes por su carácter y por su patriotismo, fueron despiadamente encarcelados, y algunos hasta secretamente ejecutados; pues entónces el Santo Oficio trabajaba en la sombra y no encendia sus hogueras á la luz del dia. Con objeto de hacer cesar para siempre semejantes persecuciones, las Córtes soberanas en 1822 abolieron la inquisicion en todos los dominios españoles, con gran satisfaccion de todas las clases de la sociedad, pero tambien con gran estupor de los frailes y los sacerdotes. Desde esta época ningun tribunal inquisicional ha funcionado en la Península.

Así desapareció bajo el peso de la execracion pública y despues de 341 años de existencia, el odioso tribunal que, durante tan largo espacio de tiempo, habia sembrado la muerte, el terror y la desolacion en todas las familias;—que habia obligado á 2.800,000 habitantes pacíficos é industriosos á abandonar sus hogares;—que habia arrancado mas de tres mil millones de reales á sus legítimos propietarios;—en fin, que habia pronunciado 347,546 juicios individuales, en cuya virtud 34,658 personas fueron quemadas vivas, 18149 quemadas en efigie, 294739 condenadas á galeras, á prision perpétua y á diversas penas aflictivas é infamantes.

A costa de estos sangrientos sacrificios consiguió España conservar la unidad religiosa y sustraerse á la influencia de la Reforma, pero tambien esta secuestracion moral la hizo descender al último rango entre las naciones cultas.

(De *El Buen Sentido*).

HOJAS SECAS.

Muchas preciosidades contiene la tierra, muchas cosas admirables, unas por su grandeza y otras por su pequeñez; dentro de ella, como parte de la creacion, se encuentra esa gran escala que forma una parte de la armonía universal que determina el concierto total de la creacion. Extasiados contemplamos muchas de las bellezas que nos rodean y no podemos dejar de sentir una desconsoladora impresion que nos obliga á decir: «¡qué hermoso es en conjunto ese que á nuestra vista se presenta, unido á lo que de la tierra nos hace concebir la imaginacion! Pero ¡cuantas *hojas secas* se advierten en medio de tanta sublimidad!

La creacion es el frondoso árbol de la vida; el hombre, que es la parte mas preciosa de esa creacion, viene á ser una hoja seca desprendida de ese fecundo árbol, y que el huracan de las pasiones la arrastra por el inmenso desierto de la vida.

La mujer, ese ángel de la tierra y verdadero mártir del hogar; ese ser que á costa de grandes sufrimientos ha merecido el dulce nombre de madre, observadla cuan vigilante se acerca á la cuna donde reposa el fruto de su amor para gozar mirando el an-

gelical semblante de su hijo, en el cual se retrata la pureza de la inocencia; un movimiento, el mas ligero quejido de la criatura, la hace estremecer y se apresura á tomarla en sus brazos, sus ojos despiden llamas de ese amor divino que inflama su alma y que distinguimos con el sublime nombre; «amor de madre.» Pues bien, una despiadada enfermedad corta la existencia del inocente niño, y la infeliz madre vé desaparecer con aquella vida todas las ilusiones que animaban la suya; esas ilusiones son otras tantas *hojas secas* desprendidas del árbol de su corazon.

Si el hombre repasara los actos de su vida, si se fijara mas en los acontecimientos que le suceden, ¡cuantas hojas secas encontraria en ellos!

Los altos funcionarios, los que representan el poder del Estado, cuantas y cuantas veces se habrán acostado halagados de la fortuna, revolviendo en su imaginacion mil proyectos para aumentar su engrandecimiento, y al levantarse de la cama se han encontrado con que sus planes y su elevacion han sido *hojas secas* que se han desprendido del risueño árbol de la dicha.

Hay un dia en el año destinado al recuerdo de los que han abandonado la tierra; el cementerio, en ese dia, se llena de séres que van á rogar (con mas ó menos devocion) por los que aquí existieron y se hicieron dignos de su cariño; aquel respetable lugar, en esos momentos, nos parece, ó mejor dicho, creemos que es el árbol eterno, principio de la vida, al cual se acerca la humanidad para regarlo con sus lágrimas; la muchedumbre que lo visita se nos figura que son las hojas, verdes aun, que están contemplando las hojas secas que yacen al pié del árbol, pensando que un inevitable mañana les hará perder la lozania y caerán marchitas y secas al pié de aquel árbol eterno.

El hombre alcanza á ver los reflejos de una luz, esta es su conciencia; quiere acercarse á ella, pero las pasiones de que está rodeado se lo impiden; hace esfuerzos para llegar porque prevee que su foco ha de ser de una brillantéz magnifica, y todo su anhelo es inútil; pero lo que su cuerpo no ha podido conseguir lo ha alcanzado su espíritu cuando se ha encontrado libre de los lazos con que la materia lo aprisionaba; entonces observa, lleno de tristeza, que unas manchas oscuras apagan el esplendor de aquella luz, manchas que vienen á ser las *hojas secas* de los vicios que alimentaron su cuerpo. El deseo de borrar aquellas manchas es muy grande en él, su voluntad muy poderosa, y emprende un nuevo trabajo de regeneracion, se prepara para volver á encarnar á fin de que la materia borre aquellas manchas por ella causadas. El espíritu, en ese estado libre, sabe que su nueva encarnacion será penosa, que arrastrará una vida de dolores, de sufrimientos, de martirio; pero todo esto es necesario para la purificacion de aquellas manchas y progresar acercándose á Dios; y ante esa esperanza de felicidad, nada le arredra para llevar á cabo su deseo, único modo de conquistar los verdaderos merecimientos de la dicha que ha vislumbrado.—Ese ser en la tierra es tambien una *hoja seca*, pero al abandonarla encuentra que con sus lágrimas y su sangre ha lavado aquellas manchas, y con su paciencia y humildad ha ganado virtudes que lo elevan á los mundos de felicidad donde bañado con su luz adquiere lozanía, vida y belleza.

¿Quereis ver algunas hojas secas, tan tostadas por el ardiente calor de la desgracia que su vista cubre de tristeza el corazon? dirigid vuestros pasos á la casa de Maternidad, penetrad en su interior y hallareis unas pobres criaturas verdaderas *hojas secas* que ni aun pueden revelar el árbol de donde han sido desprendidas. Desde que cayeron á la tierra, el sello de la infamia se estampó en sus frentes; en lugar de las caricias de una madre solo encontraron el desamor y el abandono de sus propios padres.

¡Ah! el corazon apenado sufre mortal congoja al observar que con sus mústios ojos buscan ansiosos las mil caricias que sus madres debian prodigarles y solo encuentran las de la caridad. ¡Seres desgraciados! el néctar de la caridad os ha alimentado, y si trabajosamente llegais á la preciosa edad de

la adolescencia, el desprecio de la sociedad será vuestro compañero, pues no verá en vosotros sino el fruto de ilícitos amores.... Ciertamente que como *hojas secas* rodareis por la faz de la tierra; y si el vendabal de los vicios no os pulveriza y alcanzais la edad de la razon, la vergüenza hará colorear vuestro rostro, y tal vez en vuestros labios flote una maldicion contra vuestros despiadados padres.... Pero no, si el dolor os coloca en ese terrible trance, recoged esa maldicion, que no salga de vuestros lábios, no la lanceis al oido de la humanidad, compadecedlos y perdonadlos por que dignos de compasion serán ante la justicia divina, pues muchos dolores, muchos sufrimientos les costará la reparacion de su falta. ¡Bendita ley de compensacion! tú, sabia como todas las que rigen la creacion, pones de manifiesto la verdad de la justicia divina; tu cumplimiento no deja pasar un átomo sin que sea apreciado en esa fiel balanza.

Muchas, muchísimas hojas secas hay en la tierra, pero tambien se encuentra en ella un inmenso receptáculo para recogerlas. El Espiritismo, esa consoladora doctrina, es el precioso vaso donde se contiene la savia de la vida eterna; en él encontrarán esas pobres hojas el jugo que las hará reverdecer, calmando el ardor del fuego de las pasiones que tanto las secara.

Terminaremos este incorrecto artículo con las elocuentes palabras de la distinguida escritoria D.ª Amalia Domingo y Soler:

«¡Bendito sea el Espiritismo! porque es el jardinero que, en la estufa de la civilizacion, hace florecer eternamente el árbol del Progreso.»

«El Espiritismo es la regeneracion social, es el verdadero bautismo de los pueblos, es la tierra prometida......»—M. M.

(De *La Caridad*).

DECADENCIA DEL CATOLICISMO.

—

Cada dia que pasa es una piedra que se desprende de la gran basílica católica, una rama que se desgaja de ese árbol diez y ocho veces secular á cuya sombra surgió y se desarrolló toda una civilizacion, la civilizacion cristiana, destinada á eterna vida por la virtualidad de su sávia y la pureza de su espíritu, y que sin embargo lo vemos languidecer y degenerar como herida interiormente de enfermedad incurable. Los primeros moldes de aquella civilizacion habian sido la libertad, la caridad y la humildad; pero el catolicismo supo arrancarla de ellos y fundirlas de nuevo en la servidumbre; la persecucion y la soberbia; y la civilizacion, cristiana en sus principios para llegar á ser universal, fué despojada de su esencial carácter, hasta degenerar en sus postrimerías en civilizacion ultramontana. Evóquese el recuerdo de aquellos primitivos cristianos que daban su sangre y su vida por la libertad de su fé; compárese con aquella iglesia, radiante de amor y de justicia, expansiva, generosa, mansa, incorruptible, esa otra iglesia maldiciente, intolerante, esclusivista, siniestra, que en nombre de la fé encendia hogueras y levantaba cadalsos; y dígase si hay algo de comun entre las dos; si pueden dimanar de un mismo orígen é ir en pos de idénticos ideales el espíritu de abnegacion que eleva perpétuamente himnos de inagotable ternura, y el espíritu de las venganzas que sólo deja oir rugidos de ira y palabras de anatema. ¡Ah! si la civilizacion cristiana, verdaderamente cristiana, pudiera ser destruida por los errores de los hombres, pronto la veríamos sucumbir ahogada bajo esa multitud de dogmas que el catolicismo ha opuesto á sus naturales desarrollos.

No desaparecerá el cristianismo, pero desaparecerá el dogma católico; la iglesia universal subsistirá, pero se desplomará la iglesia ultramontana para no volver á ser reconstruida jamás. Los ultramontanos serán los judíos del porvenir; familia de mercaderes y fanáticos religiosos, especie de tribu nómada, en todos los países conocida y en todos tratada con el merecido desden; aventajando en esto á los verdaderos judíos á quienes los católicos persiguieron á sangre y fuego en los dias, aun recientes, de su

formidable omnipotencia. No; el racionalismo cristiano, de suyo tolerante y caritativo, fundado sobre la libertad absoluta de conciencia y llamado á ser la religion y la civilizacion de todas las naciones de la tierra, no tendrá decretos de proscripcion, de expoliacion y muerte para los restos de las iglesias, de los cultos, de las religiones positivas que aun yerguen la cabeza en medio de una sociedad que ya no es suya: el racionalismo cristiano no tendrá sino desdeñosa indiferencia para su idolátrico culto, y miradas de compasion para los míseros fanáticos.

Hay todavía, aun entre los hombres que aman las conquistas del progreso, quienes consideran lejano, muy lejano, el triunfo del racionalismo sobre las añejas supersticiones. Dirigen su vista al hogar doméstico, y ven la mujer, alma de la familia, entregada por completo á la fascinacion que sobre ella ejerce el sacerdote, en detrimento del amor y subordinacion que á su marido debe, del buen cuidado de sus hijos, y de sus obligaciones como mujer hacendosa; fíjanse en las ceremonias exteriores del culto, y aperciben en ellas una muchedumbre inmensa que con su presencia las sanciona y afirma; vuelven sus ojos á la enseñanza, y les abruma el imponente número de escuelas y colegios dirigidos por congregaciones religiosas, de cuyos centros no puede salir sino juventud enamorada de los antiguos dioses; elevan su mirada á las alturas del Poder, y allí tiene asiento y firme baluarte la influencia clerical, reflejándose en el presupuesto del Estado, en la administracion de justicia, en multitud de privilegios que pugnan con el espíritu del siglo, en esa red de comunidades y conventos que como bandada de aves de rapiña cae sobre pueblos y ciudades: y en presencia de todos estos signos de restauracion teocrática que se descubren en el horizonte social, su ánimo decae, su fé en el porvenir vacila, y creen que aun tiene el pasado fuerzas para resistir algunos siglos, ya que no para reconquistar todas las fortalezas de que le han desalojado la ciencia y la libertad.

Verdaderamente que estos signos no son nada lisonjeros; pero tampoco tienen, ni de mucho, el alcance que les otorgan ciertos espíritus pusilánimes. Cien años atrás, para hacer un viaje de cien leguas se necesitaba veinte dias, y hoy bastan algunas horas; la noticia de un acontecimiento que tardaba un año en recibirse, en una hora da la vuelta al mundo. Pues bien; actualmente, el progreso anda, como el hombre, con la velocidad de vapor, y las ideas regeneradoras salvan las distancias é invaden los entendimientos con la rapidez del rayo. Ante los milagros del vapor y de la electricidad, algo mas positivos que los de todas las religiones históricas, ¿qué importancia tendrá ese andamiaje que los alarifes de la teocracia levantan en el interior de la ciudad nueva para reedificar los sombríos alcázares de su pretérita grandeza? En vano se afanan; en vano recojen y amontonan los materiales desparramados acá y acullá en los pueblos sometidos en otro tiempo á su tiránico dominio: la libertad tiene sus huracanes para purificar la atmósfera social, y al embate de uno de esos huracanes de la libertad, andamiaje y fábrica volarán en menudísimos fragmentos.

¿Qué se hizo aquella antigua veneracion á la clase sacerdotal, cuyos individuos eran considerados por el pueblo no como hombres, sino como séres de la naturaleza superior, semidivinos, incorruptibles, purísimos, ejecutores de la voluntad omnipotente y administradores de sus gracias? ¿Qué fué de aquella subordinacion de los feligreses al párroco, de aquella soberanía indiscutible que el cura ofrecia en la parroquia? ¿Qué queda de aquel santo temor que á altos y bajos, á hombres y mujeres, infundian las amenazas y censuras eclesiásticas? Aquella nimia credulidad religiosa que se apacentaba en los campos de la fé ciega y se alimentaba de todos los milagros imaginados por los frailes, donde está? De aquel cuerpo no queda mas que la sombra: de aquel fuego restan las cenizas.

Las torres que desprecio al aire fueron,
A su gran pesadumbre se rindieron,

De medio siglo acá el clero ha perdido las cuatro quintas partes de su antigua influencia y poderío. Hoy no se ignora que el sacerdote es un hombre como los demás, sujeto á las mismas pasiones y defectos que el vulgo de los pecadores: tropieza, cae, se levanta ó no se levanta, atesora, se procura las comodidades de la vida y no desdeña los placeres. La casa parroquial no es ya la morada del señor del pueblo; es simplemente el hogar de un vecino que sobre los demás que viven en su trabajo la ventaja de vivir del presupuesto. La santidad de su ministerio, formando muchas veces contraste con lo profano de su conducta, no le libra de murmuraciones é insultos. Apenas hay persona medianamente instruida á quien quite el apetito el temor de una censura canónica. Se come carne en vigilia, se promiscua en viérnes y en cuaresma, se trabaja los dias festivos, el precepto pascual se desatiende, y se subordinan los deberes religiosos á la conveniencia individual, los interéses del alma á los interéses temporales.

En el fondo, el fervor religioso, hijo de una fé sincera, ha desaparecido casi por completo, y con él la sávia, la verdadera fuerza del catolicismo. Mucha hipocresia, mucha ostentacion aparatosa, mucha vanidad; pero pocas, poquísimas creencias. Hombres y mujeres se atreven á discutir y comentar el dogma, no siempre con el respeto debido al alto magisterio de la Iglesia. Todavia la multitud llena el templo para presenciar las ceremonias del culto; pero ¿será necesario decir que la mayor parte de los concurrentes asiste con la mas glacial indiferencia? No hay que hacerse ilusiones tocante al sentimiento religioso de los fieles: no pocos de los que se prosternan al pié de los altares, contribuirian tumultuariamente á derribarlos en dias de desbordamiento popular.

Quédale á la Iglesia, para resistir á la civilizacion, el fanatismo de la mujer, la enseñanza congregacionista y la proteccion de los gobiernos: ¡frágiles armas contra un enemigo invencible! La mujer es fanática, no por naturaleza, sino por necesidad: si entrega su alma al sacerdote, es porque al marido no le plugo hacerla suya. Naturalmente religiosa, y no recibiendo del compañero de su vida ningun rayo de luz que disipe las tinieblas de su espíritu, ¿qué ha de hacer sino dejarse guiar del primero que con algun título, bueno ó malo, le ofrezca ponerla en relacion con el Sér misterioso cuya existencia presiente? Reivindique el esposo la direccion de su piedad y el cultivo de su fé; háblele del Dios que llena el Universo con su sabiduria y bondad, en oposicion al Dios de las eternas venganzas fabricado por las sectas; ilústrela en sus deberes morales sancionados por la justicia de una ley que no tuercen las veleidades y privilegios humanos; arranque de sus ojos la espesa venda con que han procurado cegarla los mercaderes del templo; y la mujer, que ama la justicia y la verdad, se sublevará contra los que han abusado de su ceguera y henchido su conciencia de supersticiosos escrúpulos. Merced al espíritu de exámen que en todas partes se introduce, la dulce compañera del hombre se ha apercibido ya de que no todas sus creencias tienen un fundamento inconmovible. «¿Me habrán engañado?»: empieza á preguntarse. ¡Oh! mañana esclamará: «¡Me han engañado!»: y á partir de entonces, no habrá reconciliacion posible entre ella y los que en nombre de Dios esplotaron sus piadosos sentimientos.

Menos fuerza tiene aún el argumento pasado en la enseñanza congregacionista, que se alega para temer el afianzamiento secular de las instituciones católicas. Ni la parte mas principal de la juventud cae en manos de las congregaciones religiosas, ni todos los jóvenes que las congregaciones educan conservan á la libertad el odio que se procura inocularles. ¿Por ventura no está demostrado que los mas acérrimos adversarios del clericalismo salieron de los seminarios y colegios clericales? Lo que se necesita es que la juventud se instruya, sea quien fuere el que la instruya; no olvidando que solo en la ignorancia puede prosperar el fanatismo. Las congregaciones religiosas desbastando inteligencias contribuyen inconscientemen-

te á precipitar su propia ruina. Si asi no fuera, ¿habria acaso otro gobierno que el teocrático en el mundo?

En los tiempos de su apogeo, la Iglesia tenia en su mano la suerte de los Estados, ó al menos influia en ellos de tal suerte, que bien merecia ser considerada como el principal factor de la politica del mundo. Intervenia en los negocios públicos, llevaba su espiritu á las leyes. daba la investidura de los imperios y hacia temblar las coronas en las sienes de los monarcas. Los gobiernos lo esperaban todo de su benevolencia, ó lo temian todo de su enojo. Y de aquella su olimpica grandeza, qué le queda? La señora de las naciones gime en el mayor abatimiento. En su decadente estado, fia su salvacion y existencia á la interesada proteccion que le dispensan las potestades temporales, las mismas que en la época de su gloria tenian á honra ser instrumentos de su omnipotente voluntad. De caida en caida, de humillacion en humillacion, la señora ha venido á parar en sierva de sus antiguos siervos, de cuya limosna vive.

Este es el estado actual del catolicismo en el mundo. Cuenta sus adeptos por centenares de millones, pero son cuentas muy galanas: católicos nominales á quienes se hace figurar en las estadisticas con escarnio de la verdad. El cisma de Oriente arrebató ochenta mil fieles á la Iglesia; vino el Protestantismo, que dejó el rebaño católico reducido á su mitad; descontemos ahora de esta mitad, que con un optimismo sin igual se hace subir á dos centenares de millones, los indiferentes, los materialistas, los escépticos, los hipócritas, los fanáticos, los mercaderes, los católicos de oficio, y los muchos que profesamos el racionalismo cristiano, y vendremos á concluir que la iglesia de Roma queda reducida á su estado mayor, en cuyas convicciones no hay mucho que fiar, y algunos millares de hombres y mujeres de buena fé, que han aceptado, sin discutirlas ni juzgarlas, las creencias que de sus mayores heredaron.

El porvenir es, pues, de la libertad y del progreso; porque su capital enemigo está vencido: sus desordenados movimientos son sus últimas convulsiones. Al que ha vivido tantos siglos, bien se le puede perdonar que emplee algunos años en morir. ¡Oh! cuán hermoso será el sol que brillará en el cenit de las generaciones venideras! Las negras nubes de las supersticiones religiosas no interceptarán sus luminosos efluvios. Entre Dios y el hombre, no habrá intermediarios que ofusquen la conciencia del hombre sometiéndola á vergonzosa servidumbre y hagan de Dios el editor responsable de sus miserias. Reconocida la ciencia como verbo de la Divinidad, y la naturaleza como libro divino en cuyas páginas ha de buscar la humanidad la clave de sus destinos, la ciencia será la religion, y la naturaleza el Evangelio. Y en la religion de la ciencia y en el Evangelio de la naturaleza aprenderemos que el destino del espiritu humano es el progreso eterno, la ascension constante, por la sabiduria y la justicia, hácia el inmenso foco de amor y de luz que reside en las alturas de la infinita perfeccion, en pos del cual hallaremos una felicidad mas pura y un cielo mas armónico que la felicidad y el cielo de las religiones positivas.

J. A. P.

(De *El Buen Sentido*).

LO INFINITAMENTE GRANDE.

En vano el hombre gasta el fuego de su inteligencia; en vano procura sondear un abismo abierto en torno suyo; siempre la inmensidad de Dios, siempre esa poderosa fuerza que le envuelve, arrastrándole hácia lo desconocido.

Los siglos y las épocas pasan, y tras ellas se van sumando otros siglos y otras épocas; uniforme movimiento de la creacion; incomprensible misterio, demasiado sublime, demasiado grande para que el humano ser pueda comprenderlo.

¿Quién al fulgor de la plateada luna, en esas horas de plácida y silenciosa calma, cuando á solas con sus recuerdos se eleva el espiritu á las vaporosas regiones de la ilusion, no ha interrogado la inmensidad del firmamento?

¿Quién no ha procurado escudriñar los misteriosos arcanos de la naturaleza?

Viajamos á través del espacio: nuestro vehículo lo es un rayo de luz que camina setenta mil, un millon de leguas por segundo... ¡Trascurren los años y los siglos, y en nuestro aéreo viaje entre infinidad de mundos superiores, diez, veinte, un millon de veces aun mayor que el nuestro, aun no encontramos el principio del fin: siempre adelante, siempre en vertiginosa carrera; y á este sol sucede otro sol y á este sistema otro sistema y mil y mil planetas, y mil y mil soles brillan por doquier; todo es luz; no existen ni dias, ni noches, ni tiempo, ni espacio: ardientes bólidos de fuego que se hunden; inmensos aereolitos que cruzan rápidos cual otros tantos carros alados; estrellas dobles y triples girando en sentido inverso; grandiosas masas solidificadas que huyen, chocan y se atropellan las unas á las otras!.. ¿Donde estamos? ¡Oh! no hemos adelantado un paso en el camino del universo. ¡Allá, á lo lejos, finísimo polvo del más brillante oro tachona el firmamento; son billones de trillones de estrellas que nos acusan la existencia siempre creciente de la inmensidad!

Ante un espectáculo tan grandioso, se nos ocurre preguntar: ¿existe lo verdaderamente grande?

¿Esplendorosos y ardientes soles, lámparas siempre encendidas, alumbrando la grandiosidad del caos, os saludamos sin comprenderos, porque sois un problema escrito en las imperecederas hojas del libro de la eternidad! ¡Desaparecerá vuestro brillo, sucumbirá en la insondable sima del olvido; pero el concierto de la naturaleza será vuestro sudario y la anchurosa zanja del espacio vuestro sepulcro! ¡Quien pudiera, astros esplendorosos, seguir vuestro ignorado curso!...

Iguales leyes dan por resultado iguales causas, y por consiguiente, iguales efectos. Inmensidad y átomo, mundo y espacio, todo marcha á compás: ruedas del gran reloj de la naturaleza, su no comprendido engranaje reconoce como motor una fuerza desconocida, jamás gastada, porque esta fuerza es el Dios de lo infinito.

Si descendemos, por un momento, de las regiones inconmensurables, y pasamos á registrar las microscópicas del mundo que habitamos. ¿Qué vemos? A nuestros piés se arrastran millares de séres imperceptibles, divididos en familias y en especies; séres que reproducen viven y mueren en mundos infinitamente pequeños, antros, á su vez, de otros mundos, de otros seres siempre en progresion atómica.

La más pequeña partícula de agua, el más ínfimo glóbulo de sangre, contiene millones de animalillos con vida propia y órganos reproductivos, agitándose desahogadamente en su esfera y representando cada uno un mundo aparte, mundo regido indudablemente por las mismas leyes que el universo mundo.

Lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, son dos extremos que se tocan y se confunden. Para nosotros, ínfimo polvo diseminado en el camino de la existencia, no hay mas que un mundo; querer salir de él es pretender lo imposible.

Profundicemos: mientras más profundo el surco sea, mas lejos veremos el fin que anhelamos, no es factible hallarlo en el inmenso esferóide del espacio.

Continúe, pues el hombre su trazado camino sin procurar alzar ese velo que envuelve la retina de sus ojos y la luz de su corazon.»

(De *El Iris.*)

MISCELÁNEA.

Han visitado nuestra Redaccion las siguientes revistas con las cuales hemos establecido, con mucho gusto, el correspondiente cambio.

El Faro, revista espiritista, de Sevilla.

La Bandera Católica, de Paris.

Deseamos á las citadas publicaciones larga vida y provechosa enseñanza.

Indice de las materias que contiene el año 1881.

Enero.

Febrero.

ALICANTE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

de Costa y Mira.

San Francisco, 28.